

The truth untold

honeyboo



Capítulo 1

The truth untold

Hay una historia que en la vida todos vamos a poder contar -y eso no significa que lo hagamos-.

De hecho, hay varias. La historia del día en el que conoces a un amigo leal, o la del día en el que te das cuenta de que estás enamorado.

La historia del día en el que alguien a quien quieres se desvanece, o la de cuando logras algo que llevabas mucho tiempo intentando. Son historias para guardar durante años o, a veces, para enterrar.

Pero hay una que nadie cuenta por mucho que pueda: la del amor. La del amor ajeno.

Una historia que nadie toca y que todos oímos alguna vez.

A veces me pregunto «¿por qué eres incapaz de olvidarla?» y, mientras intento buscarle respuesta, me asalta otra cuestión: «¿por qué eres incapaz de contarla?». Pero esa es una respuesta fácil. No es una historia mía. No es una historia bonita. Siquiera es una historia con final. Pero es una historia a fin de cuentas, y todas las historias han de contarse, incluso si nadie quiere escucharlas.

Capítulo 2

Tell her

Yo era apenas joven cuando la historia del amor ajeno se presentó sobre mis ojos.

Estaba en mi primer año del instituto, ni siquiera era un adolescente en mis cabales. Aparentaba tener ese aire de madurez que todos pretendemos tener pero que ninguno a esa edad tenemos. Yo pensaba que era interesante. Que estaba bien. En realidad, era un poco ridículo. Nadie me lo dijo, no obstante.

Yo tenía unos amigos; vivíamos en un pueblo cerca de una gran ciudad y a pesar de eso, en aquel pueblo no se hacían grandes cosas. A veces era aburrido. Acabábamos de terminar el año escolar y era junio, por lo que hacía mucho calor.

Un día uno de ellos dijo «dentro de poco será San Juan, tenemos que celebrarlo» y pronto aquello se hizo realidad.

No diré que hicimos cosas completamente legales -para nuestra edad-. En aquel entonces nos parecía divertido; hoy es pensarlo y se me revuelve el estómago.

Muchas botellas vacías y la música resonando por toda la calle, mi estómago comenzó a revolverse. Yo no era más estúpido que mis hormonas, tampoco había bebido demasiado. Llamé a mis padres para que fueran a recogerme y establecimos un lugar de encuentro.

Aquel pueblo tenía un servicio de autobuses y diversas paradas. La más importante: en la carretera principal.

Me senté allí a esperar el coche conocido. Era entrada una noche oscura con apenas luna. La parada estaba cerca de la fiesta, la música y, en general, de toda la gente. Y aun así, yo estaba solo.

Fui el único testigo, y eso solo lo hizo más íntimo.

Sentado, con la vista fija en ningún sitio y apenas escuchando el ritmo de la canción lejana, oí unos pasos tenues. Busqué con los ojos en todo el campo de visión, pero estaba realmente oscuro. Era una calle grande pero vacía a aquellas horas de la noche.

«No vayas tan rápido» alguien dijo, y reconocí una voz femenina, dulce

pero deshaciéndose en respiraciones interrumpidas.

Yo era un chico pequeño, difícilmente visto con aquella iluminación.

«Corre un poco más. No voy a pararme por ti» otra voz respondió. Era la de un chico, probablemente mayor que ella. No demasiado grave, pero sí obviamente perteneciente a una persona prácticamente rozando la mayoría de edad.

«Joder, no te estoy pidiendo que pares, solo que reduzcas.»

«¿Para qué vienes, en primer lugar? no me va a pasar nada. Conozco este pueblo, ¿vale?» el chico protestó. Estaba molesto. Muy notablemente molesto, y ella pareció darse cuenta.

Pareció como si la joven no fuese a responder, pero lo atribuí a que debía estar intentando alcanzar al contrario. Yo simplemente era un mero espectador.

«Estás siendo un completo idiota ahora mismo.»

«No. Hay una diferencia entre ser idiota y hacerte el idiota» alegó él.

«¿Y qué coño importa? das la misma impresión» el tono de su voz estaba comenzando a sonar brusco y desafinado. No hubo más rastro de suavidad.

«Vale, pues no me hables y solucionado. ¿Podrías ser capaz de no meter las narices donde nadie te ha llamado por una vez? simplemente dije que me iba a casa y tu vas e insistes en acompañarme. ¿Es que no te jodidamente das cuenta de que te estoy evitando a posta?» por fin los vi. Estaban entrando a la avenida en la que yo estaba esperando, pero en la calle contraria.

Él era alto y delgado, creí descubrir hebras negras y decididos pasos. Ella también era alta -más que yo seguramente- pero a un nivel más normal. Llevaba un vestido negro y el pelo castaño recogido en una cola de caballo. Grandes aros y prácticamente tenía que correr para alcanzar al otro. Sin embargo, cuando escuchó aquello, paró en seco y le dirigió una mirada de inconformismo.

«Vale. Creo que estás un poco alterado hoy. Voy a atribuir eso que has dicho a la bebida y continuaremos como si nada porque realmente estás traspasando unos límites» finalmente habló, y el tono de su voz aquella vez había sonado triste e indecoroso. Y algo desesperado por darle una explicación a lo que estaba sucediendo.

«¿Límites?, ¿qué límites? no, Tina. Lo que acabo de decirte no es por la bebida. Te estoy diciendo que estoy intentando ignorarte, que te vayas» contestó el muchacho, intentando ocultar sus intenciones ofensivas, pero no consiguiéndolo.

Fijándome mejor, habían dos personas en aquella escena: una completamente fuera de control; él. Despotricando y deshaciéndose en palabras hirientes. La otra; ella. Con el pulso firme y una cálida mirada sedante. No parecía dolida, pero yo pude saber que lo estaba. Pude saber muchas cosas tras esa pausa silenciosa.

«¿Por qué de repente te comportas así? no, es más, ¿por qué llevas semanas actuando como si tuvieras un palo metido por el culo? nos incomodas a todos. Al principio no pasaba nada porque era solo conmigo y pensé, yo realmente pensé que se te pasaría. Pero Dios, estos últimos días han sido horribles» ella expresó.

Y, de pronto, me encontré olvidándome de la canción que sonaba de fondo y de la inminente llegada de mis padres, y solo prestándole atención a esa conversación y a todo lo que conllevaba. Mi cabeza daba vueltas, los engranajes chirriando por atar cabos y conseguir comprender lo que tenía entre manos. ¿Ellos eran pareja? si no lo eran, serían tal vez muy cercanos. Les delataban las palabras, los tonos y las miradas. El leve rojo -que pude ver- en las mejillas de ella y la respiración que agitaba la espalda de él.

«Así que horribles. Pues si soy tan horrible no sé para qué vienes conmigo. No sé ni para qué seguimos siendo amigos» declaró. Entonces no eran pareja, sólo compartían una amistad, entendí.

«No puedes estar hablándome en serio. ¿Vamos a tener que repasar lo mismo una y otra vez? venga, cuéntame qué demonios te pasa.»

Cara a cara, ajenos a su alrededor. La vista fija en el contrario. Era consciente de lo mal que me estaba comportando, siendo completamente irrespetuoso y no importándome absolutamente nada. Joven, escurridizo y morboso. Un adolescente que apenas sabía lo tan importante que aquella noche iba a ser para él.

«No me pasa nada, mierda. ¿Es que nunca te cansas? déjame en paz de una vez» volvió a caminar, esa vez más de prisa intencionadamente.

Cuando la chica vio que estaba perdiendo el rumbo de la discursión, trató de agarrarle del brazo y ambos se posicionaron bajo la tenue luz de una pequeña farola que poco hizo para aliviar su situación. Es entonces cuando me di cuenta de quién era. A ella la había visto muchas veces, había hablado con ella en contadas ocasiones cuando sólo era un crío iluso y a veces la veía por los pasillos del instituto. Iba al último curso, y sabía

de primera mano que todos los de su promoción abandonaban el lugar aquel verano. Ella no era una excepción.

«¿Es algo que te haya hecho?, ¿por qué de repente me odias?» preguntó. Su voz, débil como un hilo, y su respiración partiéndose a trozos. Me dio la impresión de que no era la única cosa que se estaba partiendo en ella.

Él ocultó su cara con la mano izquierda, y se dio la vuelta. De nuevo se sumieron en la oscuridad. Varios coches pasaron; ninguno el de mis padres. Yo lo interpreté como una señal para seguir escuchando.

«No. Yo no te odio» contestó con su voz, mucho más afectada que antes, pero ya no hiriente.

«¿Entonces?» prácticamente ella suplicó.

A esas alturas ya había podido comprender que ambos eran mucho más que cercanos. Si bien no eran pareja -algo que ya había comprobado-, tal vez compartían lazos sanguíneos, y si no se trataba de ninguna de esas opciones, entonces habría apostado todo lo que tenía a que serían amigos de toda la vida. Tina, como si le hubiesen clavado un dardo envenenado. Al otro no pude verle la cara, pero algo en mí me dijo que estaría igual o incluso peor. Sólo supe que eran importantes el uno para el otro, y con aquello bastó.

«Maldita sea» él maldijo «es por que te vas. Te vas a jodidamente marchar de aquí y yo voy a quedarme solo. Sin ti» por fin gritó. Y no tuvo cuidado de bajar el sonido para no molestar a nadie, porque entonces ya no importaba nada.

Comencé a entender de qué se trataba todo.

«Pero... Markie» sonó como un aullido lastimero «Markie, espera. Vamos a seguir en contacto. Me voy a un par de horas, no a la otra parte del mundo» trató de calmar al chico «vamos a seguir viéndonos.»

«Pero» entonces él se acercó muy peligrosamente a ella y temí que algo ocurriría pero sólo colocó un mechón tras su oreja. Dulce, de repente. Y consecuentemente «te vas.»

La vista de Tina viajó al suelo.

«No es como si fuera la última vez que vayamos a hablar o a vernos. Eres demasiado importante para mí, lo sabes demasiado» demasiado mal, habría querido decirle.

«¿Es que no lo entiendes?, iese no es suficiente!» exclamó, dolido «nunca

va a ser suficiente para mí.»

«Markie, ya hemos hablado de eso. Yo no» ella comenzó, pero fue interrumpida.

«Lo sé» asintió el contrario, y aquel tono me transmitió una pronta serenidad «lo sé, Tina, lo sé. Yo, yo no quiero que sufras. Yo ya sé que las relaciones a distancia nunca salen bien. Pero aún así, no es suficiente. Si tú no quieres una, entonces no puedo seguir actuando como si no me importara» informó.

Mi respiración agitada, y deseos de un buen final para aquellos dos. Tal vez se lo merecían o tal vez no, pero no me importó.

«Pero no pasa nada. Podemos seguir siendo amigos» desesperadamente tratando de hacer que él la mirase.

«No, sí que pasa. Lo mío no es un capricho, no es un flechazo. Yo te quiero. Quiero cogerte de la mano y estar contigo siempre porque es lo que mi corazón me dice. Pero te vas a ir» y su declaración caló en lo más profundo de mi ser. Yo no pintaba nada allí y sin embargo me estaba tocando ser el testigo del amor más fugaz -e intenso- que jamás había conocido.

«Yo, cariño, sabes que yo también te quiero. Te quiero tantísimo» trató de abrazarlo pero el chico la rechazó.

«Pero no me quieres lo suficiente. Yo solo estoy tratando de hacer las cosas más fáciles entre los dos para cuando te vayas» su voz, un susurro ahogado. Un grito de ayuda.

Mi cabeza entrando completamente al círculo, siendo consciente de todo. Ellos: amigos. Amigos que se quieren como algo más que amigos, pero no pueden estar juntos, no pueden incluso si son capaces. Para mi corta edad, los términos como «amor» o «promesa» se me escapaban de entre los dedos de las manos, incluso si pretendía actuar con esa tonta madurez falsa. Ellos también eran jóvenes, no obstante, pero para ellos era de otra manera. Para ellos significaba una larga vida de estar separados. Entendía que a veces el amor llegaba demasiado pronto. Demasiado injusto. Muchos demasiados aquella noche.

«Te quiero mucho más de lo que debería quererte. ¿Quién eres tú para decirme qué es lo que siento? yo también estoy pasándolo mal. Joder, Markie. ¿De verdad piensas que quiero irme de aquí?, después de tantos años, ¿de verdad esperas que esté contenta con que pienses que me alejo de ti porque es lo que quiero?»

«¿Y por qué coño lo haces entonces? nadie te dijo que sería divertido mudarte de estado.»

«¡Lo hago porque si me quedo aquí, entonces acabaré como tú! sin sueños, sin tener esperanzas de absolutamente nada. Siquiera llevo aquí tantos años pero todo lo que me gustaba antes ha perdido su color. Si me quedo aquí, Markie, terminaré ahogándome.»

«¿Yo te ahogo?» el nombrado Markie cuestionó. No pareció confuso y dolido. No, aquella vez pareció enfadado.

«¡Tal vez sí!» Tina gritó.

«¡Pues si te ahogo tú tranquila que pronto te vas a librar!, ¿ves lo fácil que era decirlo?» tensión y cólera estallando.

Las lágrimas recorriendo los pómulos de la chica. Pude ver una débil sonrisa en su bello rostro. Pero ella no estaba feliz. Tal vez esa era una sonrisa de adiós.

«No tienes por qué hacerlo.»

«Oh, Tina, por favor, *no me sonrías*. Por favor, no. No sé» hizo una pausa «si puedo soportarlo más.» la miró. La miró por última vez. Y yo vi, pude ver, como deseó acercarse a ella. Besarla, abrazarla y decirle que todo estaría bien. Y, sin embargo, se giró y volvió a caminar lentamente.

«¡Pues vale!, ¡vete!, ¡no te necesito!» enfurecida, Tina reprochó a voces altas. A aquellas alturas, estaba sorprendido de que nadie se hubiese siquiera asomado a pedir silencio.

«¡Adiós, Tina!» la voz de Markie, casi callada por el viento y la distancia de un corazón lejano. Casi llegando al final de la calle. Yo aún podía ver sus almas. Rotas.

«No te necesito» fue el último susurro que de ella escuché.

Luego, silencio.

Él golpeó un cristal contiguo y eso fue todo hasta que finalmente giró la calle y no se volvió a dejar ver.

Tina se quedó allí plantada, mirando el lugar donde él había desaparecido. Era fácilmente visible cuán cortada y puntiaguda estaba. Se echó a llorar y con sus lágrimas humedeció mi también afectado y débil corazón de espectador.

En el pueblo no se veían cosas así. Yo nunca había visto algo así.

Pero no dijo nada. Se cubrió la cara durante unos segundos, y luego secó sus lágrimas. Se alisó el vestido y luego miró la tenue farola. A mi no me vio, y si lo hizo, nunca lo mostró.

Comenzó a caminar. En sentido contrario, por donde había venido, hasta que ella desapareció en el horizonte al que mis ojos no alcanzaban.

La música seguía sonando con canciones que yo estaría bailando si me hubiese quedado con mis amigos. Sin embargo me quedé allí, observando tal vez a nada. Simplemente.

Ellos no podían estar juntos. No iban a estarlo, era fácil verlo. La vida real no era como en las películas, yo sabía. La gente de mi edad estaba acostumbrada a noviazgos fugaces, pero no entendía lo que era realmente amar. Y, a veces, amar significa romperte y sufrir. Y caerse, y levantarse solo. Amar a veces significa callarse las cosas importantes y decir todo lo demás, como les ocurrió a Tina y Markie. Amar a veces significa dejar ser al otro, eso fue lo que aquella noche aprendí.

El coche de mis padres frenó frente a mis ojos varios minutos después y yo subí a él como quien no sabe nada. Y actué como quien no sabe nada, durante mucho tiempo. Pero, en el fondo, yo perdí un poco de aquella madurez ficticia esa noche, y el resto de noches siguientes que pasaron. Porque ya tenía una historia de amor ajena que contar.

Tina se mudó un mes después. Lo supe porque el nuestro era un pueblo pequeño y todos nos conocíamos entre todos, incluso si era alguien con quien no habías hablado en tu vida. A Markie no volví a verlo nunca más.

Hoy en día me pregunto si ellos tal vez encontraron una forma de estar juntos, o si simplemente se quisieron con los recuerdos. Se amaron de todas formas, de eso estoy seguro.

Pero me dejaron una historia para contar, una historia de la que puedo hablar pero de la que no hablaré nunca.

«No te necesito» ella le dijo a él. Tal vez realmente no lo hizo. O tal vez sí.